

# Poemas de José Luis Díaz-Granados\*

Escritor, poeta, novelista y periodista cultural.

## En un bar frente a la mar oceána

*A Javier Bozalongo*

Una vez, hace cuarenta y cinco años,  
me refugié en un café mientras llovía.  
Dos hombres jóvenes hablaban de literatura,  
disertaban de temas y de autores  
sobre los que solo yo pensaba que tenía dominio.

Me acerqué sin pudor y discutí con ellos.  
Me recibieron con simpatía, me invitaron  
a un trago; al rato, todo había concluido.

Me ocurrió muchas veces, en Bogotá,  
en La Habana, en Gera, en Leningrado  
—donde veía a una muchacha rubia leer en el metro  
o a un joven escribiendo en un café  
o a un anciano tranquilo leyendo *Moby Dick*—.

Algo anotaba yo, me sumergía en sus mundos,  
imprudente, sin pedirles permiso,  
manifestaba algo haciéndome notar,  
como queriendo decirles a todos:  
yo conozco los temas de su interés preciso,  
yo leo, también escribo, por favor,  
denme paso para seguir *avanti*,  
Yo también he afinado mi flecha  
y he apuntado hacia un blanco  
al que siempre he acertado a equivocarme.

Pero aquí estoy ahora, frente al mar de Almuñécar,  
contemplando su bahía

\* Todos los poemas fueron tomados de *Vendimia del dador. Antología poética* (2017) y *La festa perpetua* (2017).

—tan parecida a la de Santa Marta—,  
en un bar donde un hombre joven de barba incipiente  
le lee a su bella novia un párrafo de *MacBeth*,  
y les digo en silencio: acepten un minuto  
de interrupción, pero es que necesito  
que sepan que yo existo, que hago parte del orbe,  
que también he inscrito las huellas de mi alma  
en palabras que a lo mejor leerían  
y algo les podría encantar o hechizar o cautivar.

Sí, por favor, no me espanten tan pronto,  
no soy Melville, ni Shakespeare, ni Neruda,  
pero algo he soñado para que ustedes sueñen  
y sé que alguna línea mía derrotará la muerte.

*Almuñécar (Andalucía) España, 17 de mayo de 2014.*

## Instantáneas de Jorge Gaitán Durán

Años sesenta, un día, una mañana.  
Gaitán Durán, amable, me indicó que Gonzalo  
González, el director del suplemento,  
estaba por llegar. Siéntese, espérela...

No sabía él que yo conocía *Amantes*,  
su mejor libro, y que había jurado  
dejarme barba, como él, cuando fuera mayor,  
y ser viajero del mundo, como él,  
revelador de Sade y de asombros perdidos.

Lo vi, noches después, en la librería  
La Gran Colombia, de pie, recostado  
sobre estantes con libros que alumbraban  
la estancia, indiferente, hojeando un tomo  
de poesías de Quevedo, mientras discutían  
Estanislao Zuleta y el psiquiatra Socarrás.

Lo vi una tarde en la Biblioteca Nacional,  
con una joven rubia. Lo vi después  
con otra muchachita en una exposición.

Lo vi junto a Eduardo Cote y Alejandro Obregón  
en el Teatro El Búho, callado y expectante,  
rojo, sonriente y contenido, frente a una riña

de brasas de todos los colores verbales  
entre Marta Traba y Oswaldo Guayasamín.

Y lo vi un mediodía caminando de prisa  
Por la Carrera Séptima, con su gabán azul  
y unas gafas oscuras pequeñas y cuadradas.  
Iba con su elegancia descuidada  
repartiendo fulgores invisibles.

Era el emperador de la poesía. Era el rey,  
era el as, era el relámpago  
de la eternidad cruzando la ciudad.

Meses después, un día, una tarde,  
Manuel, mi hermano, trémulo, agitado,  
me informó que el rey había caído  
de una nave sin dios al mar eterno.

En ese instante helado también murió mi infancia.

## Aullido en mi menor

Yo qué sé de quién soy o si soy tuyo.

Al fin ¿de quién es quién en este mundo?  
Romeo es de Julieta y esta de él.  
Julieta es de Romeo y este de ella.  
Pero de Shakespeare es *Romeo y Julieta*  
(y de Prokofiev y de todos nosotros).

*El príncipe* no es de Maquiavelo.  
El príncipe es de Blanca Nieves.  
(Y de Camila Parker, ¿quién lo duda?).

*La familia de Pascual Duarte* no es de Cela.  
Es de Pascual, como ser Zebedeo  
el padre de sus hijos, y ser blanco  
el corcel negro del Emperador.

*María* es de José y de Efraín,  
de Agustín Lara y de Jorge Isaacs.

¿Y de quién es la muerte tan temida?  
¿De Gabriela Mistral en sus sonetos?

¿De Artemio Cruz? ¿Del padre de Manrique?  
¿Es la muerte, del cisne o de un viajante?

Pirandello pudo haber escrito  
*Seis personajes en busca de autor,*  
pero en verdad ellos pudieran ser:  
Simón, el que ayudó a cargar la cruz.  
El confesor de Isabel de Castilla.  
La autora de los días de don José Asunción.  
Una novia que tuve en Leningrado.  
Manuela, la de todos los impúberes  
y Joanán, el cacorro de la esquina.

Ay, pero yo estoy triste y estoy solo  
y estoy aquí y no estoy en parte alguna.  
Mi aullido va de un polo al otro polo  
y del fondo del mar hasta la luna.

Yo qué sé de quién soy (o si soy tuyo).

## Eklektikós

Quizás cuando alguien dice:  
nada es más bello que una mariposa  
o una gata dormida o una rosa,  
otro nos sale al paso  
y controvierte lo que nos deleita.

*¿Cómo era, Dios mío, cómo era?  
Oh corazón falaz, mente indecisa...  
¿Era como el pasaje de la brisa?  
¿Cómo la huida de la primavera?*

Y otro dice: mi amigo,  
yo encuentro la belleza allá en el légamo,  
en el ajado rostro  
de la ramera ebria,  
en la canción ramplona, en lo prosaico.

*¿Qué otro mar es cerrado como este,  
qué otro mar, como este, otros mares ignora,  
qué mar está tan solo como este?*

Para el santón su ayuno es placentero.

El gran faquir se regodea en sus clavos.  
Al domador le place  
la halitosis del tigre.  
El micólogo ve los hongos bellos.

*Cerrar podrá mis ojos la postrera  
sombra que me llevare al blanco día;  
y podrá desatar esta alma mía  
hora a su afán ansioso lisonjera.*

Por eso pienso yo  
que todo gusto, amor o preferencia  
es verdad relativa, es la Verdad  
fragmentada, parcial,  
de la totalidad de lo perfecto.

*Como cenizas, como mares poblándose,  
en la sumergida lentitud, en lo informe,  
o como se oyen desde lo alto de los caminos  
cruzar las campanadas en cruz...*

Gracias. ¿Gracias? No hay de qué....

## Réquiem por la malquerida

Hasta luego, amor muy deseado.

Pensar que fuiste obsesión y motivo  
de taquicardias y de versos cursis.

Pensar que por ti hice tantas tonterías  
que bordeaban senilmente la locura  
mientras mi sexo ardiente balbucía resplandores  
al solo nombre de tu nombre mágico.

Pensar que ya tenía listos los arrumacos y las caricias  
y los chistecitos ordinarios, sin duende,  
que suelen contarse en esas ocasiones  
—¡oh solapada empleadilla! ¡Oh malquerida pájara!—,  
para que a la hora de la verdad yo descubriera,  
en medio del oleaje de los diez mil deseos,  
que tus teticas eran dulces páramos,  
tus ingles, berenjenas de mármol,

y tu albor de tormentos un cubo de granizo  
incolore e insaboro como el ídem.

Y me quedé —por esos y por otros detalles  
que no vienen al caso—, atormentado y triste  
como radiola de cantina un domingo por la tarde,  
frustrado por no tenerte entre mis olas  
y abrazarte con el alma solo como preludio,  
porque no es lo mismo estrecharte que echarte tres,  
y no es lo mismo acostarse y refregarse  
sobre un bulto de jugos sospechosos  
que agonizar de amor ante el portal  
del edén de los más cálidos edenes,  
aunque sea por un instante iluminado  
como si fuera un pedacito de amanecer o de pájaro  
mientras dura el vuelo. ■■

